

3) El silencio

Lic. Aída A. Fernández

“La verdad no es otra cosa que aquello de lo cual el saber no puede enterarse que lo sabe, sino haciendo actuar su ignorancia.”

J. Lacan.

Desde el lugar que me otorgaron en este encuentro, o sea desde el Silencio como una modalidad de la Comunicación, he estado repensando el espinoso problema de la comunicación humana, que nos plantea el paradigma por excelencia de todos los espejismos.

La adquisición del lenguaje, la palabra, es a la vez, puerta de acceso a la humanización y trampa mortal que conduce a la locura, en el juego de la ilusión y el engaño. La palabra con su presencia avasallante, instaura la ausencia irrevocable, como marca intrínseca del ser humano. El silencio siempre pleno de palabras, de sutiles connotaciones, está inserto de todas maneras, en un mundo constituido por el lenguaje. Es desde ese lugar —desde el lugar de la palabra—, que podemos entender el silencio como significante de una cadena en la cual encontraremos siempre la palabra, esté o no con su presencia acústica. Es decir, en el silencio existe algo que se muestra, la intención de algo dicho o no dicho habita en él.

El término silencio en su raíz latina tiene el sentido de ocultar; también de reposo, y está relacionado con las sombras y los muertos.

En este sentido, considero que el tema que nos ocupa, puede tratarse desde varios niveles claramente diferentes.

El silencio en la Comunicación como aquello no dicho, o dicho indirectamente, o apenas sugerido, aquello callado conscientemente —el secreto—, o inconscientemente, lo que aparece como un no-saber del desconocimiento fundamental del sujeto, aquello de lo cual habla el discurso en un saber intrínseco, pero que no se puede saber.

¿Quién habla cuando el yo de la enunciación habla, y a quién habla?

Quién calla —guarda silencio—, ¿a quién está dirigido este silencio?

* Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Pensamos que en este punto se centra toda la ambigüedad del Sujeto, siempre deslizándose en el devenir de los significantes, Sujeto ex-céntrico, desconocido.

Si el significante es el que representa al sujeto para otro significante, el sujeto es como decimos, desconocido en la estructura interna del yo. El sujeto cuando habla interroga a "ese cuerpo extraño" que hay en él, llamado el significante del otro. Esto explica el silencio de la Esfinge; no hay respuesta que pueda advenir del mundo externo, del otro, la respuesta ya nos habita, hay que descifrarla en nosotros mismos.

Recordemos la hermosa aseveración de J. Lacan, cuando dice: "La respuesta del significante a aquél que lo interroga, no puede ser otra que ésta: "Cómete a tí mismo". De esta manera, es en ese silencio muy particular que podemos escuchar la voz que nos alcance una palabra verdadera.

Existe algo irrevocable en la inversión constitutiva, en la asimetría radical que hay entre el interlocutor y el locutor en la comunicación humana. Para comprender esto es necesario que retomemos brevemente el sentido del Estadio del Espejo, donde Lacan desarrolla su teoría del origen de la matriz del yo y el interjuego de las identificaciones tempranas.

Para este autor la diferencia radical entre lenguaje animal y humano se funda en que el animal no tiene acceso al campo de la duplicación del espacio real que aparece en el momento que el niño reconoce su propia imagen en el espejo. Este hecho instaura el espacio real como virtual, al mismo tiempo que el niño se identifica con su imagen especular, en la cual el yo nace alienado a una imagen unificada que será siempre virtual, que es sólo un espejismo, valga la redundancia, ya que hay otra cara de esa imagen que es la atomización y el despedazamiento.

Es de este lugar constitutivo del yo, donde surgen la aporía que va a marcar todo el devenir del sujeto.

Por un lado, el niño ve la forma de la matriz del yo, vale decir, que en el espacio virtual toma sobre el espejo la forma unificada de su cuerpo, pero, por otro lado, y de manera sincrónica, queda apresado por los estímulos de la percepción de ese cuerpo que "está más allá" y que también está más acá.

Es en este momento que se crean las bases de la concepción del espacio y la temporización.

La imagen que el niño ve, por lo mismo que es anticipatoria, muestra una unificación que no siente todavía sino como la turbulencia de su motricidad aún desorganizada y en una asimetría donde aquella queda invertida.

Visto desde esta perspectiva, podemos entonces comprender por qué desde entonces todo es inversión y asimetría, hecho desconocido por el yo.

El Estadio del Espejo constituye el momento en el cual el yo sobre la matriz de su forma queda plasmado, pero aquí también queda instaurada —por las condiciones en que esto ocu-

re—, su fisura. El yo nace alienado en la imagen que ve allá (unidad virtual), pero “desconoce” su fragilidad y despedazamiento, su no-centricidad.

Esto quiere decir que el yo no se puede confundir con el Sujeto y fundamentalmente, que no está “organizado por el principio de la realidad”.

Frente a estos enunciados sostenidos por la experiencia de la estructura paranoica del yo, y por ende, del conocimiento humano, es natural que partamos de la función de des-conocimiento que caracteriza a todas las estructuras del yo, para intentar comprender la intrínseca naturaleza de la comunicación humana.

No es posible pensar que el yo (Moi) del Sujeto, es idéntico a la presencia del que habla, el yo de la enunciación, puesto que el lenguaje es cuerpo sutil; la voz de este yo-cuerpo surge en palabras ilusorias.

“El lenguaje humano —como dijo Lacan—, constituye una comunicación en la que el emisor recibe del receptor su propio mensaje en una forma inadvertida”.

No hay diálogo tipo “ida y vuelta”, sino una compleja red de demandas y deseos en turbulenta interacción. En la cadena del discurso, aquel que habla, interroga a ese “cuerpo extraño” que vive en él, tan desconocido como operante, es decir, el significante del Otro. Es el significante que contesta, o sea, la respuesta es de nadie. Es aquello de impersonal, de más allá de la persona, que habita en ella de donde nos llega la respuesta-pregunta. Esta respuesta llega desde el lugar de un código, “más allá de todas las significaciones”.

Pero tenemos que pensar que lo que hay más allá, es un más acá, es decir, los puntos donde se articulan y regulan las escenas desde adentro, puntos en donde se asienta la función del desconocimiento, o sea del yo.

Todo este interjuego dramático del lenguaje que abre el campo de la humanización, pero también eventualmente de la locura, como dijimos, lleva a Lacan a sostener que el lenguaje es evocación, y no como se creyó hasta ahora, información, puesto que en la palabra lo que realmente tiene valor es aquello que hay en ella de resonancia. Cuando alguien se coloca frente a otro para interrogarlo, “ningún aparato de cibernética por rico que se imagine, puede producir una reacción de lo que debe ser la respuesta”. Es solamente en los imponderables de las resonancias y de los huecos del discurso, que hay posibilidad de encontrar una respuesta a eso que llega como pregunta.

En este sentido, de los escritos de Freud se infiere que “para él es una verdad profundamente vivida la polisemia y multivocidad de las palabras, que tienen por correspondiente la *sobredeterminación* de los procesos psíquicos su causación múltiple”.

En la mediación que cumple ese Otro absoluto que es la madre, en los comienzos de la vida del niño, éste en su origen recibe también la marca de lo transindividual. Desde ese lugar del campo narcisístico —que es primordialmente silencioso— la madre mira al niño con una mirada particular. Es decir, la madre, desde ese lugar princeps que ocupa, ve al niño bajo el signo *que su deseo*, vehículo a la vez del deseo de otros, desea para ese niño.

Del hijo se habla mucho antes de que nazca, aún antes del embarazo, se lo nombra, se lo determina: “va a ser esto”; “va a ser aquello”, lo cual significa que la madre ya tiene actitudes determinadas frente al hijo. Muchas veces se lo desea para colmar el lugar de un muerto cuyo duelo no fue superado, otras para que cumpla con alguna misión cuyo padre o madre no lograron cumplir.

A su vez, dentro de este campo existen zonas de silencio, palabras no-dichas que configuran un secreto, temas importantes como suicidios, muertes, abortos, robos, nacimientos vividos fuera de la ley acaecidos en la familia. Estos hechos, que pueden provenir de dos o tres generaciones atrás, impregnan y determinan en su conjunción de imponderables, la vida de un niño. La Imbricación de ellos y las fantasías que se crean para llenar los silencios, aquello que falta en la palabra, determina con el “peso” de la cosa en sí, todo el hacer, el sentir y el estar en el mundo de la pareja parental y del hijo, a lo largo de su evolución.

Es bastante común encontrar en las familias de niños con trastornos importantes, la existencia de un secreto, una zona de silencio que las palabras no alcanzan, perteneciente al conocimiento sexual o a la muerte, algo de lo que no se habla, que debe ser escondido cuidadosamente. Pero aquello que se esconde en las palabras, palabras vacías, palabras falsas, o en el silencio mismo, sabemos que se muestra de manera irrevocable, primero en actitudes hacia el hijo, maneras de encarar la educación de éste, etc.. Segundo, en la marca de culpa, que suele tomar diversas modalidades, como por ejemplo, el deseo de expiación, ofrecer el hijo como holocausto, como redentor, o como vengador, como aquel que va a cumplir un deseo de muerte, hacia otro, o sobre sí mismo.

Aquello que se silencia en las palabras, reaparece en el campo de lo sutil, infiltrándose de manera radical en la constitución de la personalidad del niño. Este va a permanecer fuera de la posibilidad de crear sus propios deseos, es decir queda impedido de alcanzar su verdad, porque se encuentra atrapado en el universo de lo no-dicho, de la palabra vacía, del silencio. Allí, en el lugar destinado por sus padres, —y aún a veces por los padres de sus padres—, está el niño expresando por medio de sus síntomas, la verdad de la cual no se puede hablar.

En muchas ocasiones, lo no-dicho es el reflejo, no de lo ignorado, sino de razones inconscientes que determinan al sujeto a

no-decir. Hay un “conocimiento de causa”, que le permite presentir situaciones insostenibles, y se ve forzado a guardar silencio, pero, como siempre, lo escondido queda develado, el lugar de la revelación es el niño.

Basta pensar en nuestra experiencia clínica y recordar el innumerable bagaje de conocimiento que atesora el discurso de un niño para aquél que sepa colocarse en ese lugar, desde donde las resonancias de las palabras articulan con un saber que poseemos, y que no es el saber del conocimiento organizado. Desde esa buena escucha, podemos develar ese otro discurso escondido, a veces, tan cuidadosamente.

Vista la problemática del niño relacionada con todo esto, desde el ángulo del trastorno neurótico, lo no-dicho tiene que ver con la palabra prohibida, por lo mismo que la base de la represión, su constitución misma, se centra en la prohibición.

Palabra prohibida en el discurso de los padres y prohibida con castigo en el del hijo. Muchas cosas deben ser silenciadas. El silencio cosifica el vínculo entre padres e hijos, creando zonas oscuras, lagunas donde proliferan las más extrañas fantasías.

Mientras que —en las psicosis—, lo no-dicho toma un lugar enigmático, es decir, roza la zona de lo forcluido, de manera tal, que es una ignorancia real (en lo real). Algo que no fue simbolizado para los padres, no existe para el hijo. Esto puede ser observado cuando aparece en la actividad delirante, que como sabemos sus grandes temas son la diferencia de sexo, la diferencia de las generaciones, el enigma del origen, el juego del poder, y la dialéctica de las pulsiones de vida y muerte, que constituyen el núcleo de la doble entrave del narcisismo.

Guy Rosolato señala que dentro de las diferentes maneras de expresión de estos conflictos en la clínica, es posible encontrar varios tipos de pacientes; unos presentan una falta de curiosidad en la cual parece que el sujeto no hubiera tenido nunca la necesidad de plantearse la pregunta sobre estos aspectos fundamentales de la existencia del ser. Otros pacientes tienen una especie de blanco, algo como un agujero en su discurso, y aún otros que mantienen a lo largo de su vida, una “teoría infantil”, es decir, la presencia de algo más que lo no-dicho, como marca obturante de todo posible desenvolvimiento del sujeto. Es evidente que no se trata, en estos hechos solamente de lo no-dicho, o del no-saber. Hay algo que va más allá, algo que faltó en los orígenes del sujeto y que tiene que ver con “la ignorancia de la significación de un nombre propio”, o de un hecho de la reproducción sexual. Es decir, que tiene la marca de la falta de palabra, en la generación que lo precede; hay algo en el silencio de los padres, intrínseco en su propia patología, que no los colocó en el nivel de la palabra-representación. Lo innombrable sella con su silencio de vacío, aquello que en el niño hubiera podido ser.

Es muy común escuchar a los padres, en los innumerables casos que nos consultan, afirmaciones como éstas referidas a sus hijos: "El no entiende"; "Es muy chico para hablarle de estas cosas"; "La nena no se preocupa por nada, podemos discutir al lado de ella, siempre está entretenida en sus cosas", etc.

Es sorprendente la desvalorización del niño en cuanto a su capacidad de saber de este tipo de conocimiento, en la concepción que los padres tienen de ellos. No ocurre lo mismo —y aquí radica la contradicción más flagrante—, en cuanto a lo que los padres esperan de sus hijos en el conocimiento racional, lógico, del mundo conciente.

Existe una necesidad intrínseca al propio miedo de saber, que hace que los padres intenten conservar en el hijo, el lugar de la ilusión, manteniendo a su alrededor, el silencio, el secreto, la palabra no-dicha, como medio de evitar a ultranza que "sepan" aquello que ellos a su vez también intuyen, porque se trata de un saber que modificaría toda la constelación familiar.

Siempre recordamos con placer aquel cuento infantil, el de los trajes del rey, que como todos ellos, es tan rico en contenidos, que ilumina ese lugar de lo callado, del silencio, de lo que no se puede decir, que está más allá de las puertas cerradas, esas que siempre deseamos abrir.

En él, todos los adultos que estaban en la plaza esperando la aparición del rey, quien iba a lucir el último traje que se había mandado hacer, vieron en cuanto apareció, que el rey no tenía traje alguno. Sin embargo todos callaban mirando el maravilloso traje "que el rey tenía"; el único que verbalizó la verdad fue un niño, el que dijo en voz alta: "El rey está desnudo". Estas palabras rompieron el hechizo de la ilusión en la que se mantenían todos, el rey engañado por su modisto, y la de quienes lo miraban. Pero, además, el niño denunció el par exhibicionismo-voyeurismo de los adultos. Es decir, que el lugar de la verdad es generalmente el que ocupa el niño, como el loco, y la va a decir con palabras o con síntomas, por eso es necesario acallarlo siempre, con silencio, con secretos, con engaños.

Posiblemente de todas las perturbaciones de la comunicación humana, el silencio es una de las más aberrantes. El oscuro enigma que la palabra puede develar, queda sellado por la contradictoria producción de fantasías y delirios, según el lugar que en su historia el niño esté situado, creando el sinnúmero de trastornos en los cuales padres e hijos se ven atrapados.

La palabra no-dicha, el silencio, evenenan y marcan, constituyendo una aberrante configuración de la intersubjetividad. La sombra de la no-palabra, deshumaniza, condena al niño al sufrimiento.

Existen otras formas de silencio, como por ejemplo, en la cura psiconalítica, donde es obvio que debe existir necesi-

riamente. En la tarea del psicoanalista tiene una característica radicalmente opuesta a la que veníamos señalando. No se trata allí de un silencio que obture, sino de un silencio que va a abrir las puertas al decir. Mientras el analista calla, su silencio induce en el paciente las identificaciones que le van a permitir acceder a las fuentes mismas del inconsciente. Algo desde ese lugar, algo vivo y pujante comienza a mostrar sus retoños en el texto del discurso del paciente.

El analista como un soporte de sombra, permite así, la clara liviandad de la palabra que va a abrir nuevos caminos en lo circular de la repetición.

El silencio, entonces, opera como aquello que sostiene la posibilidad de que esas fuerzas que se movilizan, promuevan la relación de la pulsión con el objeto, replanteándose el drama de una historia que parecía cerrada.

En el niño, el silencio del adulto, en especial de sus padres, la palabra no dicha, cierra su acceso a un devenir, porque no hay texto, sino jirones de él —donde su historicidad se oscurece.

RESUMEN

En este breve aporte al problema de la Comunicación en la vida del niño, desde un aspecto de ella, el Silencio, pretendemos describir las dificultades intrínsecas, inherentes a la comunicación en el ser humano.

Partimos para ello señalando como ya, en la propia constitución del yo, en el Estadio del Espejo, se instala la marca de esa asimetría radical y del juego de la ilusión, que va a determinar como dice J. Lacan, que “El lenguaje humano constituye una comunicación en la que el emisor recibe del receptor su propio mensaje en una forma invertida”.

El espejismo constitutivo del yo, la ilusión que signa su nacimiento alienado a una imagen de unidad virtual, de lo cual surge el doble del yo, para pasar luego al “yo soy otro” del transitivismo infantil y de las coordenadas de las proyecciones —coloca al “yo de la enunciación” en un lugar paradójal— ¿quién habla, o a quién habla? —es la pregunta que deriva de todo esto—. Planteamos a continuación cómo la palabra que llega al niño está cargada de connotaciones “ocultas”, desde el lugar que los padres posean en el discurso, hecho que va a determinar asimismo el lugar del niño y la característica de la perturbación que presente.

Siempre somos hablados por otro, “ese otro extraño” que nos habita, de manera tal que nuestras preguntas son ya respuestas. Desde este horizonte de la palabra, rica y evanescente en su polisemia, planteamos algunos de los sentidos que presenta el Silencio. Viéndolo entonces, desde una perspectiva también inserta en lo transindividual, señalamos el carácter pa-

tológico de lo no-dicho y del secreto, aquello silenciado en la familia que imprime diferentes huellas en el niño. Describimos suscitadamente el sentido del silencio en la cura psicoanalítica.

BIBLIOGRAFIA

- BENVENISTE, EMILE. "Problemas de lingüística general". Siglo XXI - México, 1971.
- FERNANDEZ, AIDA AURORA. "La humanización a través del símbolo. Génesis del lenguaje" Rev. Uruguaya de Psicoanálisis. Tomo XIII; Nº 4 1971/72.
- LACAN, JACQUES. "El Estadio del Espejo" ESCRITOS, Tomo I Siglo XXI México, 1971.
- LACAN, JACQUES. "Función y campo de la palabra y del lenguaje en Psicoanálisis" *Ibíd.*
- LACAN, JACQUES. "La dirección de la cura". *Ibíd.*
- LACAN, JACQUES. "La Subversión del sujeto". *Ibíd.*
- LACAN, JACQUES. "Las formaciones del inconsciente". Nueva Visión. Bs. Aires, 1970.
- Revista IMAGO de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología. El lenguaje. Nº 3. Letra Viva. Bs. Aires, 1975.
- Revista Uruguaya de Psicoanálisis. "Avances en el lenguaje". Nº 57.